baldi que se construyeran sin pérdida de tiempo dos lanchones de gran tamaño, y las tripulaciones trabajaban con tal actividad, que al poco tiempo quedaron del todo concluidos y convenientemente armados.

El gobierno de la república acordó entonces que se organizara una espedicion contra Santa Catalina, en la cual debia tomar parte Garibaldi como jefe de la flotilla, mas para esto era preciso vencer algunas dificultades, pues no solo vigilaba la laguna la escuadra brasileña, sino que los imperialistas eran dueños de varios puntos fortificados, desde los cuales podian dominarla perfectamente. Cierto es que los hombres con que contaba Garibaldi eran unos valientes á quienes no arredraban los peligros, mas no bastaba esto; era necesario estimularlos mas, infundir en ellos el deseo de alcanzar glória, enseñandoles sobre todo á desafiar la muerte sin temor, y esto es lo que consiguió Garibaldi, convirtiendo á sus hombres en otros tantos héroes.

El plan del jefe de la flotilla se reducia á conducir los nuevos barcos por tierra hasta un rio que corre cerca de la Laguna de los Patos y desemboca en el lago Tramandai, desde cuyo punto se podrian trasladar al Océano. Con una increible actividad, y muy ingeniosamente, construyéronse enormes carros bastante capaces para colocar los lanchones, y estos fueron trasportados á su nuevo destino con gran asombro del pueblo, que no sabia que admirar mas, si aquella flotilla que pasaba por tierra en direccion al Océano, recorriendo un trayecto de cincuenta millas, ó el génio del hombre que habia concebido tan estraña como atrevida idea. De todos modos, el hecho es que la pequeña flotilla se reunió en el lago Tramandai, pero una vez allí, ocurrió una nueva dificultad; era preciso salvar una barrera de rompientes que impedia el paso de los buques.

Sin vacilar un momento, los dos jefes y sus tripulaciones pusieron manos á la obra, y gracias á las precauciones que se tomaron, y á que todos eran muy prácticos en aquella clase de navegacion, consiguióse al cabo de algunas horas salir de un paso tan peligroso, y echar el ancla en alta mar. Aquella era la primera vez que salia un buque del lago de Tramandai.

Los espedicionarios navegaron durante toda la noche y el dia siguiente en direccion á Santa Catalina, pero á la caida de la tarde es-

talló una tempestad cuyas consecuencias debian ser funestas. El *Rio Pardo*, dirigido por Garibaldi iba cargado con esceso, pues se almacenaron muchos víveres por si acaso se retardaba la vuelta, y esta circunstancia impedia que se pudiese maniobrar con facilidad. Garibaldi que veia el peligro, subió al estremo del palo de trinquete para ver si le seria fácil acercarse mas á la costa, de la cual no estaba muy lejos, mas en aquel momento, una ola enorme sumergió en parte el buque, y el atrevido marino cayó al mar á una distancia de treinta pasos. Garibaldi, no obstante, era un escelente nadador, segun ya hemos dicho, y lejos de perder la serenidad, solo pensó en salvar á sus compañeros, cuyas vidas peligraban tambien en aquel momento. Al efecto empujó hácia el buque varias tablas y otros objetos que flotaban sobre las olas, é indicando á sus hombres que no quedaba otro medio para salvarse, comenzó á nadar en derredor de aquel á fin de prestar su auxilio al que lo necesitase. Muchos marineros pudieron salvarse con aquel eficaz socorro, pero no tuvo la misma suerte el noble y generoso Carniglia. Garibaldi examinaba con ansiedad á todos los náufragos que iban pasando, y al divisar de pronto á su querido amigo Luis, que se habia enganchado con un aparejo del buque y no podia nadar, voló en su auxilio y pudo acercarse hasta él, mas en aquel momento una ola inmensa, semejante á la que habia hecho naufragar el buque momentos antes, arrastró al desventurado Luis, el cual desapareció para siempre. Garibaldi se sumergió repetidas veces como hubiera podido hacerlo un buzo, con la esperanza de salvar aun á su compañero; llamábale á gritos poseido de la mayor desesperacion, pero el rugido de la tempestad dominaba su voz, y al fin hubo de reconocer que sus esfuerzos serian completamente inútiles. Para describir la escena que entonces tuvo lugar, parécenos lo mejor reproducir aquí un párrafo de las memorias que escribió Garibaldi en Tanger en 1859. Dice así:

«Tan pronto como perdí la esperanza de salvar á Carniglia, yo, que confiaba en mi estrella para librarme de aquel peligro, dirigí mi vista en derredor, y divisé á varios de mis compañeros que nadaban vigorosamente hácia la costa. A los pocos minutos conseguí alcanzarlos á todos; adelantándome á ellos, les animé con mi voz, y tuve la

suerte de ser el primero que ganó la costa. Sin duda la desesperacion me daba fuerzas; en aquel momento solo pensaba en la pérdida de mi pobre Carniglia y no me hubiera importado morir; al tocar en tierra dirigí una mirada á mi alrededor con la esperanza de ver otra vez á Luis, y examinaba atentamente á todos los que iban saliendo del agua, creyendo aun que apareceria, pero nada, ninguno le habia visto; los abismos del Océano no quisieron devolverme á mi fiel compañero.

«Como si esto no fuera bastante, divisé luego á Eduardo Mutru, el amigo á quien más queria despues de Carniglia, y el cual luchaba valerosamente con las olas para llegar hasta nosotros. La lentitud de sus movimientos me dió á conocer que sus fuerzas iban agotandose, y yo que le amaba como á un hermano, no vacilé en esponer mi vida para salvar la suya. Precipitéme de nuevo en medio de las olas, indiferente al peligro, y á los pocos momentos, hallábame muy cerca de Eduardo, al que empezé á llamar por su nombre gritando, *¡ánimo! ¡ánimo! yo os salvaré.* ¡Vanas esperanzas! ¡Inútiles esfuerzos! en el momento en que le creia salvado, hundióse y desapareció. Yo lanzé un grito de desesperacion; me sumergí en el agua como lo habia hecho para Carniglia, pero ya no habia remedio; el pobre Eduardo estaba perdido; aquel era otro mártir de la libertad que moria sin el consuelo de que sus restos se encerraran en una tumba donde pudieran llorarle sus amigos!

«Los cadáveres de los diez y seis compañeros que perdí en aquel naufragio fueron sin duda arrastrados por las corrientes hácia el Nórte; mi desesperacion rayaba en locura, y hubiera dado gustoso mi vida por la de aquellos infelices, víctimas de su abnegacion y de su arrojo. Catorce marineros se habian salvado, mas entre ellos no ví á ninguno de mis compatriotas; los seis italianos que me acompañaban no existian ya; tenia que llorar la pérdida de mis fieles amigos, Carniglia, Mutru, Straderini, Navone, Giovani y..... no puedo recordar el nombre del sesto.

«Perdóneme mi pátria el olvido: cierto es que escribo esto al cabo de doce años, durante cuyo tiempo he presenciado muchos hechos tan dolorosos como los que he referido; es verdad que he visto

hundirse una nacion y que he tratado en vano de defender una ciudad; sé, que perseguido, desterrado, acosado como una fiera, tuve que depositar en la tumba á mi esposa y huir luego como los condenados del Dante; sé que ya no tengo un asilo y que desde el punto estremo del África no me queda otro consuelo sino el de contemplar á esa Europa que me espulsó de su seno como un bandido, á mí, que no he tenido mas que un pensamiento, un deseo, una esperanza: ¡vivir para mi patria! Todo esto lo sé, pero no es menos cierto que debería recordar el nombre del compañero que perdí. ¡Ay de mí! ¿Porqué lo habré olvidado?

«Lo que sobre todo me estrañó al pasar revista á mis compañeros, fué que los mas diestros y ágiles nadadores eran precisamente las víctimas. Sin duda confiaron demasiado en sus fuerzas y no quisieron utilizar los restos del buque para sostenerse en el agua, creyendo que sin ellos llegarian á tierra, pero sea como fuere, el caso es que entre los salvados habia algunos americanos á los cuales no se podia considerar sino como muy medianos nadadores.

«Yo no acertaba á esplicarme el hecho, pero era una verdad; el mundo me parecia un desierto; sentéme en la arena de la playa, oculté la cabeza entre las manos, y creo que lloré.

«Cuando mas absorto estaba en mis reflexiones, oí una sentida queja, y entónces recordé que aunque aquellos hombres eran relativamente desconocidos para mí, yo era su gefe, lo mismo en un naufragio que en el campo de batalla, y que por lo tanto debia considerarme como su padre.

«Mis compañeros temblaban de frio, y entonces noté que á mí me sucedia lo mismo; levantéme, dirigiles algunas palabras de consuelo, y habiéndonos puesto en marcha, pudimos llegar á un caserío donde se nos dió hospitalidad con esa benevolencia que distingue á los americanos.»

En cuanto á Griggs, combatió la tormenta sin sufrir pérdida alguna: Garibaldi lo atribuyó á la mejor construccion del buque y á la destreza de los tripulantes. Griggs era hombre á quien apreciaba mucho el gefe de la flotilla, y en prueba de ello, véase lo que decia de él algunos años despues.

«No he conocido un hombre de mas valor ni de mejor carácter: hijo de una rica familia, habia ido á ofrecer su oro y su vida á la naciente república, y cumplió fielmente su palabra.

«Cierto dia llegó una carta de sus parientes, que residian en la América del Norte, invitándole á que fuera á tomar posesion de una rica herencia, pero Griggs habia conquistado ya la palma del martirio, vertiendo su sangre en defensa de un pueblo tan valiente como generoso. Yo, que he presenciado la muerte de tantos héroes, ví, durante un combate naval el cuerpo de mi pobre amigo, dividido en dos partes como el tronco de una encina cortada por el hacha del leñador. Hallándose en la cubierta del *Cassapara*, una bala de cañon mutiló horriblemente al intrépido marino, precisamente en el momento en que, despues de haber pegado fuego á la flotilla con auxilio de otro de mis compañeros, y por órden del general Carnavarro, saltaba yo en la cubierta de dicho buque, destrozado ya por las balas enemigas.

«¡Oh libertad, libertad! ¿Qué reina de la tierra podrá vanagloriarse de tener tal séquito de héroes como los que tienes en el cielo?»

El punto de la provincia de Santa Catalina donde recibieron hospitalidad los náufragos, estaba insurreccionado contra el Emperador del Brasil, y así es que Garibaldi, que esperaba encontrar enemigos, halló auxiliares, dispuestos á prestarle sus servicios y á combatir por la misma causa.

Santa Catalina era un estenso país cedido por el Emperador del Brasil al príncipe de Joinville, pero el pueblo aborrecia el yugo imperial, y trató de sacudirlo por todos los medios posibles. El general Carnavarro, que era entonces el jefe de los voluntarios del país, se dirigia á la laguna de Santa Catalina con objeto de sorprender la ciudad, y sabido esto por Garibaldi, buscó suficiente número de caballos para él y su gente y pudo reunirse á poco con la vanguardia del pequeño ejército, mandada por el coronel Texeiras.

CAPÍTULO VII.

Garibaldi vuelve á desempeñar el cargo de almirante.—Se enamora de nuevo y se casa.—Anita Garibaldi.—Terribles combates navales.—La heroina.—Garibaldi soldado.—Su destreza y osadia.—Encuentros.—Retirada.—Penalidades.

El coronel Texeiras se dirigia á marchas forzadas á Santa Catalina con objeto de atacar por sorpresa á la ciudad de los imperiales, y en efecto, como no se sospechaba la aproximacion del enemigo, rindióse aquella sin oponer resistencia alguna y la guarnicion huyó precipitadamente. En el puerto se encontró una flotilla de cuyo mando se encargó Garibaldi, constituyéndose así de nuevo en almirante de la república. Uno de los buques, llamado el *Itaparika*, era una hermosa goleta de siete cañones.

Antes de que llegase á noticia de los imperiales la toma de la ciudad de Santa Catalina y el apresamiento de los buques, habia dispuesto su Gobierno enviar tropas, armas y municiones para reforzar la plaza, y como se ignoraba que los republicanos fuesen dueños de ella, acercáronse las fuerzas tan confiadamente, que cayeron en poder de Garibaldi con todo el material de guerra, sin que les fuese posible oponer resistencia alguna. Acto contínuo se formó un Gobierno provisional, y Rosetti, el amigo de Garibaldi, fué nombrado Secretario de